ORÍGENES Y ACTUALIDAD DE *EL RETABLO DE LAS MARAVILLAS* (EN TORNO A LA SIMBOLOGÍA DEL ENTREMÉS)

María Francisca Franco Carrilero

Se suele atribuir el origen de este entremés, *El retablo de las maravillas*, a uno de los cuentos recogidos por don Juan Manuel: «De lo que contesçió a un rey con burladores que fizieron un paño», cuyo tema central desarrolla y adapta Cervantes con su maestría habitual.[1] Hay, no obstante, otro relato que, al separarse, al menos aparentemente, de ese asunto (ver algo que no existe), manteniendo la simbología común a los ejemplos precedentes, muestra más a las claras ese simbolizado (opresión, despotismo, falta de libertad); me estoy refiriendo al relato (igualmente incluido en *El Conde Lucanor*) titulado «De lo que contesçió a don Alvar Háñez Minaya con sus mugeres».

En este relato, don Alvar Háñez intenta mostrar a su sobrino la obediencia de su esposa, doña Bascuñana, aunque más que de obediencia habría que hablar de sumisión absoluta, no muy distinta de la que muestran los sirvientes del rey del otro ejemplo mencionado. Y es que, en ambos cuentos o «enxiemplos», dado el marco medieval en que el autor los encuadra, el autoritarismo, la opresión, la violencia regulan las relaciones humanas, como corresponde a tan arcaica época (o a las más remotas a que se remontan los verdaderos originales).

De esa forma, tenemos que no muy diferente es la libertad de opinión de que disponen los siervos del rey en un caso y doña Bascuñana en el otro. O mejor sería hablar de la falta de libertad de unos y otra, pues no sería difícil imaginar las consecuencias que se habrían derivado para cualquier traje del soberano y que él mismo prevé anticipadamente para lograr provecho de ello:

> [...] Al rey plogo desto mucho, teniendo que por aquel paño podría saber quáles omnes de su regno eran fijos de aquellos que devían seer sus padres o quáles non, et que por esta manera *podría acrescentar mucho lo suyo*; ca los

1. José Manuel Blecua, en su edición de *El conde Lucanor* hace referencia al posible origen árabe de este cuento (según la opinión de G. Palencia) y a que: «Quizá sea el germen del conocido entremés de Cervantes *El retablo de las maravillas*. Andersen lo repitió en el cuento *Los vestidos nuevos del emperador*» (p. 178 de la citada edición, Madrid, Castalia, 1971[2]).

ACTAS II - ASOCIACIÓN CERVANTISTAS. María Francisca FRANCO CARRILERO. Orígenes y...
Centro Virtual Cervantes

> moros non heredan cosa de su padre si non son verdaderamente sus fijos. Et para esto mandóles dar un palaçio en que fiziessen aquel paño [...]».[2]

Es afán de poder, ambición lo que aquí encontramos, que quiere utilizar una determinada información para conseguir aún más. Y no le importa lograrlo haciendo pública la deshonra de sus súbditos, aunque, eso sí, se nos informa de que eran *moros*. Y es un negro, lo más bajo en el escalafón social, aquél que no tiene *nada que perder*, el único que descubre el engaño. Pero hay un determinado momento en que el rey se ve perdido, cogido en su propia trampa, cuando no consigue ver esas fantásticas telas que le muestran:

> Et quando entró en el palaçio et vio los maestros que estaban texiendo et dizían: «Esto es tal labor, et esto es tal ystoria, et esto es tal figura, et esto es tal color», et conçertaban todos en una cosa, quando el rey vio que ellos no texían et dizían de qué manera era el paño, et él, que non lo veýa et que lo avían visto los otros, tóvose por muerto, ca tovo que porque non era fijo del rey que él tenía por su padre, que por esso non podía ver el paño, et reçeló que si dixiese que non lo veya, que perdería el regno. Et por ende comenzó a loar mucho el paño et aprendió muy bien la manera commo dizían aquellos maestros que el paño era fecho.
>
> Et desque fue en su casa con las gentes, començó a dezir maravillas de quánto bueno et quánto maravilloso era aquel paño et dizía las figuras et las cosas que avía en el paño, pero él estaba con muy mala sospecha.[3]

Ha de utilizar, pues, el rey las mismas defensas que aquéllos que están por debajo de él para evitar que le alcancen esas leyes implacables que son las convenciones sociales: *la honra, el honor,* el linaje en este caso. La pérdida de éstos lleva aparejada la pérdida del poder, al no ser hijo del rey y, por tanto, no ser su heredero. Hay dos expresiones del rey bastante elocuentes: «tóvose por muerto» y «receló que si dixiesse que non lo veýa, que perdería el regno». Si éstas eran las consecuencias para el rey, las que se derivaran para aquéllos que estaban por debajo de él no iban a ser, evidentemente, menores: pérdidas de cargos y perjuicios, sin duda, muy graves (no hay que olvidar la época). Pero, ¿y los burladores, qué les mueve al, sin duda, peligroso engaño? Evidentemente, la miseria, la pobreza, excrecencia del despotismo y la opresión que nos ha ofrecido un legado como la picaresca y que tan bien describe Cervantes en las *Novelas ejemplares*.

No ha de esforzarse mucho el escritor para trasladar al tema su ambigua carga simbólica. España, en la época de Cervantes, sufría como es sabido las secuelas de un imperialismo llevado a sus máximas consecuencias, el mal había sumido al país en una gran decadencia económica. Lo único que seguía vigente eran las férreas convenciones sociales, convenientemente actualizadas. El honor, la honra se desligan aquí de la religión, constituyéndose en motivo independiente. En cuanto a esta última, comprobamos que no eran ya «moros» las víctimas de las persecuciones religioso-políticas, sino los judíos, cuyas

2. *Ibídem*, p. 179.
3. *Ibídem*, p. 179.

ACTAS II - ASOCIACIÓN CERVANTISTAS. María Francisca FRANCO CARRILERO. Orígenes y...
Centro Virtual Cervantes

usuras y riquezas les convertían en víctimas propicias para aquéllos que ostentaban el poder político. Opresión, pues, de nuevo. Ambición al fondo. Miedo a expresar, no ya las ideas religiosas, o políticas, sino incluso lo más evidente y elemental. Y, en el caso del entremés, como sucede con el cuento, miedo a *no ver*, e inventar también detalles que vayan completando esa sutil tela de araña en la que quedan atrapados, justamente, aquéllos que ejercen el poder: gobernador, alcalde, regidor y escribano: las *autoridades*. Son justamente, esos cargos políticos los que les impiden analizar con tranquilidad, libremente, el burdo engaño que se les propone, la más cruda modalidad del «engaño a los ojos» que es, precisamente, negar la evidencia que nos proporcionan: inexistencia de tales figuras o hechos.

Si analizamos, como el personaje anterior, las consecuencias que se habrían derivado de haber expresado, libremente, su opinión, convendremos en que, cuando menos, sus cargos habrían peligrado seriamente. Y muy probablemente sus bienes y su libertad. Ninguno de ellos se confía al otro, únicamente sabemos de sus más que razonables dudas y estupor por sus propios monólogos. Y es, no por casualidad, el gobernador, aquél que ostenta el más alto cargo, el que más preocupado está por no ver lo que allí se muestra. Así exclama: «Basta, que todos ven lo que yo no veo; pero al fin habré de decir que lo veo, por la negra honrilla». Y más adelante: «¿Qué diablos puede ser esto, que aun no me ha tocado una gota, donde todos se ahogan? Mas ¿si viniera yo a ser bastardo entre tantos legítimos?». Es, pues, como en el caso del rey, el que más tiene que perder. Que sus cautelas tienen razón de ser lo muestra la afirmación del regidor Juan Castrado, que, tras el humor, pone de manifiesto los intereses creados del poder: «Eso tengo yo por servir al señor gobernador, con cuyo parecer me convengo, entablo y arrimo, aunque haya otra cosa en contrario».[4] La razón, pues, de aquél que ostenta el poder, aunque (según afirma el regidor) «haya otra cosa en contrario». Pero, incluso, el poder ha de someterse a las férreas convenciones sociales, a lo establecido, pues su razón de ser es, en épocas de decadencia política o absolutismo, justamente, defender esos «valores sociales» que son los que otorgan a las clases dominantes su hegemonía. Y, evidentemente, ninguna de las autoridades que pueblan el entremés va a dejar de poseerlos. De ahí la celeridad con que aceptan el engaño aun antes de haberlo visto siquiera. Así, el astuto Chanfarria, ladinamente, les recuerda: «No se les pase de las mientes las *calidades* que han de tener los que se atrevieron a mirar el maravilloso retablo». Tras esa advertencia-amenaza, todos, automáticamente, aseguran que van a ver aquello que aún no se les ha mostrado.

Se podría tal vez pensar en que la rápida acción que el entremés exige, dada su brevedad, es lo que acelera el proceso. Pero ni eso ni el humor cervantino eliminan la feroz crítica que se esconde en esta pequeña obra maestra. La exageración de los perfiles para lograr el humor acentúa, al mismo tiempo, aquello que es objeto de burla y crítica. Cervantes aprovecha el breve

4. M. de Cervantes, *El retablo de las maravillas*, Madrid, Espasa Calpe, 1945, p. 163.

ACTAS II - ASOCIACIÓN CERVANTISTAS. María Francisca FRANCO CARRILERO. Orígenes y...
Centro Virtual Cervantes

espacio del entremés para criticar, además (como suele ser habitual en él), el panorama literario, los poetas, los «latinajos».

Pero hemos hablado de otro ejemplo de *El Conde Lucanor*: «De lo que contesçió a don Alvar Háñez Minaya con sus mugeres», en el que el sobrino de Alvar Háñez pide consejo a éste acerca de cómo deberían sus hermanos tratar a sus respectivas mujeres. En vez de responderle llanamente, Alvar Háñez lo hace con un par de ejemplos. El más significativo y el que nos interesa destacar es el último, donde Alvar Háñez opta por la práctica y le niega al sobrino lo más evidente, aquello que ven sus ojos. Es decir, no se trataría, como en los casos anteriores, de hacer creer que se ve lo que no está o existe sino de afirmar lo contrario de lo que en realidad es. Así, mientras pasean, se encuentran con una «pieça de vacas» y ante la sorpresa del sobrino don Alvar comenta:

> —¿Viestes, sobrino, qué fermosas yeguas ha en esta nuestra tierra?[5]

Como es natural, respetuosamente, el sobrino le lleva la contraria hasta que llega doña Bascuñana y la eligen árbitro de la contienda:

> —Señora, don Alvar Háñez et yo estamos en contienda, ca él dize por unas vacas, que son yeguas, et yo digo que son vacas; et tanto avemos porfiado, que él me tiene por loco, et yo tengo que él non está bien en su seso. Et vós, señora, departidnos agora esta contienda.[6]

La respuesta de doña Bascuñana, cuyas reflexiones nos muestra el narrador omnisciente, dada la época y la escasa consideración de la mujer, no podía ser otra sino la de dar la razón a su marido. Es interesante ver cómo la inteligente mujer se «sitúa» rápidamente:

> Et quando doña Bascuñana esto vio, *commo quier que ella tenía que aquéllas eran vacas*, pero pues su cuñado *dixo que dizía* don Alvar Háñez que eran yeguas, tovo verdaderamente ella, con todo su entendimiento, que ellos erravan, que las non conosçian, mas que don Alvar Háñez non erraría en ninguna manera en las conosçer; et *pues dizía* que eran yeguas, que en toda guisa del mundo, que yeguas eran et non vacas.[7]

Es decir, ella «tenía que aquellas eran vacas», pero, como el sobrino le «dixo que dizía», rápidamente se dispone a dar la razón a su marido. Pero, en ningún momento duda, como sí hace el sobrino. A él le es más difícil renunciar a su punto de vista, que sabe correcto, pues suele tener libertad para hacerlo, de ahí su confusión, aunque guarda a su tío un evidente respeto. Por eso, en principio, lo achaca a la broma y, cuando tras varias porfías (tres, como suele ser propio de los cuentos) empieza a tomarlo en serio, su confusión llega al límite:

---

5. Exemplo XXVII: «De lo que contesçió a un emperador et a don Alvar Háñez Minaya con sus dos mugeres», *El Conde Lucanor*, ed. cit. p. 163.

6. *Ibídem*, p. 164.

7. *Ibídem*, p. 164.

ACTAS II - ASOCIACIÓN CERVANTISTAS. María Francisca FRANCO CARRILERO. Orígenes y...
Centro Virtual Cervantes

> Et desque el sobrino de don Alvar Háñez vio que por todas estas razones que doña Vascuñana dizía se provava que era verdat lo que dizía don Alvar Háñez, et que errava él en non conosçer las cosas assi commo eran, tóvose por muy maltrecho, cuydando que avía perdido el entendimiento.[8]

Hay, pues, tres grados diferentes de independencia, de libertad, de poder, en definitiva. Evidentemente, el último corresponde a doña Bascuñana y no precisamente por falta de inteligencia, sino por su condición de mujer. Y he aquí el *quid* de la cuestión. Es la normativa social la que le impide expresar aquello que ve y hace, al igual que los sirvientes del rey o las autoridades del entremés, una detallada descripción de aquello que dice ver, «adereza» el disparate.

No es ésa la moraleja del cuento, pero creo que es bastante significativo para iluminar el simbolizado del entremés: atadura a las normas, falta de libertad, *opresión* y *ambición* al fondo. Es decir, tenemos distintos relatos, distintos ejemplos, distintos simbolizadores, pero el simbolizado es muy semejante: opresión, ambición. Escala de valores o normas establecidas encaminadas a dotar de mayor poder al que ya lo ostenta en detrimento del más débil.

Si hubiera alguna duda, nos queda por analizar quiénes son los personajes que, en los distintos casos, descubren el engaño. En el cuento del rey y los burladores es un negro, aquél que no tiene nada que perder, el que descubre el engaño. En el cuento de Andersen, que también recrea este «enxiemplo», el que descubre el engaño es un niño, aquél que aún no ha entrado en el engranaje de la normativa social y desconoce sus reglas. En el último ejemplo, es doña Bascuñana quien, de inmediato, se percata del disparate, pero *su condición de mujer le impide hacerlo* sin temer las consecuencias que no son difíciles de imaginar en esa época medieval y allegables a muchos de los finales de los entremeses que concluyen «en palos».

En el entremés, sin embargo, Cervantes utiliza al furrier, al soldado. Y no lo hace a humo de pajas. Él fue soldado y sabe de las prerrogativas y poder del ejército en esa época de luchas y afanes imperialistas. Los personajes, los relatos, son, pues, distintos, pero la burla, la denuncia, el simbolizado en definitiva, son muy semejantes. El desquite de Cervantes, que tantas injusticias padeció, es, aunque sea desde la ficción literaria, hacer que unos humildes pero pícaros comediantes tengan sujetas a las autoridades con sus propias normas. Hay, en realidad, con bastante frecuencia, algo de Cervantes en los distintos personajes: don Quijote, el soldado, el poeta o el autor de comedias. Y el autor se sirve de esta variada gama de personajes para, mediante la simple descripción, de forma aparentemente aséptica, lograr criticar de modo efectivo aquello que nos muestra. El humor, la caricaturización de los personajes atenúan, aparentemente, la denuncia. La «negra honrilla», como la llama el gobernador, o la sospecha de judaísmo, hitos ambos que hoy pueden parecernos poco importantes, eran, según hemos indicado, a pesar de la apa-

8. *Ibídem*, p. 166.

ACTAS II - ASOCIACIÓN CERVANTISTAS. María Francisca FRANCO CARRILERO. Orígenes y...
Centro Virtual Cervantes

rente intrascendencia o humor con que Cervantes los trata, motivos suficientes para arruinar la vida de aquellos acusados de semejantes tachas.

Evidentemente, no llegaban a ser asuntos tan graves como en la Edad Media, por eso Cervantes acentúa la importancia de tales «estigmas» implicando a las autoridades, en las que tales sospechas sí son más graves. De ahí que éstas aseguren que van a ver aquello que aún no se les ha mostrado y ni siquiera se preocupan de averiguar si se trata de un engaño, como finalmente resulta ser.

Pero hemos hablado de la actualidad del simbolizado del entremés. ¿Podemos dejar de observar hoy en día, entonces, la opresión, la ambición, el ansia de poder? ¿Existen equivalentes del *retablo* de las maravillas? No nos es difícil asentir. Pensemos, por ejemplo, en aquéllos que por expresar sus ideas políticas, religiosas, o, simplemente sus convicciones de la más pura y elemental justicia, son víctimas de violencias físicas o psíquicas. El retablo, los simbolizadores, los «trajes» son distintos, pero el despotismo, la hipocresía, la crueldad del hombre, lejos de atenuarse, han encontrado mil y una formas de multiplicarse. El simbolizado: violencia, opresión, injusticia, corrupción, hipocresía, siguen estando de plena actualidad.

Y es, justamente, éste uno de los grandes logros de Cervantes, mostrarnos las facetas del hombre, sus valores y debilidades de siempre. Porque el idealismo, los celos, la ambición, la crueldad, el anhelo de justicia, de libertad, han ido e irán siempre unidos al ser humano. De ahí la plena vigencia y actualidad de los grandes temas y personajes cervantinos y, sobre todo, de lo que éstos simbolizan.

ACTAS II - ASOCIACIÓN CERVANTISTAS. María Francisca FRANCO CARRILERO. Orígenes y...
Centro Virtual Cervantes